EL GESTO DE ALEMANIA

A Rosario y M. Teresa

I

SONRISA

Cruzar una frontera es siempre dramático. Porque se advierte la inserción en el espacio geográfico del tiempo histórico, y el paisaje —con frecuencia igual a ambos lados de la raya— adquiere súbitamente virtualidades bien distintas. La tierra que se recorría poco antes, y que se podía tomar como naturaleza, a lo sumo como cultivo, cultura utilitaria, se convierte en escenario. Cada colina, cada surco, cada masa redonda y verde del bosque, cada hilo de agua fluyente aparece ahora dotado de una función precisa, destinado a representar un papel en un drama con argumento y personajes, que se llama historia. Cada uno de los dos países fronterizos se presenta como un centro gravitatorio que carga de singulares energías sus elementos materiales más inocentes, como un campo de significaciones en que las mismas cosas adquieren un valor peculiar. En las fronteras se cae en

© Herederos de Julián Marías

la cuenta de que el *idioma* no es sólo cuestión lingüística: toda la realidad profunda de cada país —en Europa al menos, que es donde hay naciones— es idiomática, propia, peculiar, y por eso es siempre un secreto que sobrecoge a quien tiene alguna sensibilidad para las cosas humanas.

Esta tierra de Lorena que ahora venimos cruzando, viniendo desde Verdun hacia Metz, para buscar las puertas de Alemania, es toda ella intrínsecamente fronteriza. No se trata de mezcla, confusión, gatos pardos en la noche, sino de todo lo contrario: una misión rigurosa, realizada desde hace más de un milenio, desde la hora natal de Francia y Alemania; es decir, el destino. Por eso la Lorena parece estremecida por ocultas tensiones, y se mira con extremada atención su paisaje, porque se espera que en cualquier momento va a delatarse, va a revelar la múltiple realidad que es en ella cada árbol y cada roca, va a empezar a contar los secretos de Europa, porque Lorena lo ha visto todo.

Pero es de noche. En el horizonte, una fuerte tormenta de primeros de julio promete y niega, con cada relámpago, el paisaje; a la visión irreal y excesiva sucede la absoluta tiniebla. Este sí y no, esta pendulación entre la luz y lo negro, exagera y hace sensible la equívoca naturaleza del contorno. Al cesar el fragor y los relámpagos, en un fresco silencio, llegamos a Metz.

Siglo XIX. Edificios bismarckianos. Arquitectura civil alemana, pesada y respetable. Colette Baudoche y el profesor Asmus. Los ojos inexpertos empiezan a advertir el contraste con las ciudades francesas que han quedado atrás: Meaux, con su penacho de gran retórica episcopal; Châlons-sur-Marne, apacible, con grandes casas cúbicas en tor-

© Herederos de Julián Marías

no a la catedral; Verdun, donde una cocina sabia se alía con el borgoña para ahuyentar recuerdos. Metz es otra cosa. Germanismo —se piensa, olvidando lamentablemente el viejo consejo cartesiano de evitar la precipitación y la prevención—. Pero no siempre se puede ser cartesiano. Ciudad provinciana, militar. Grandes espacios, parques, plazas de noble empaque. Amores de guarnición, apacibles o amargos, según los tiempos. Metz tiene un gesto digno y mesurado; es una ciudad muy sobre sí, sin el menor abandono. Al verlo caigo en la cuenta de que, efectivamente, tiene que ser así, porque Metz no ha tenido más remedio que cultivar la moral del gesto —que no es cosa de poca monta—. Y la gran catedral resueltamente negra, con visos amarillentos, de exterior un tanto hostil, cuya enorme nave se rasga indeciblemente en vidrieras exquisitas, rojos, amarillos, azules profundos, verdes, delicados y fuertes violetas. Y en esta luz suave, filtrada a través de figuras góticas y renacientes de varia inspiración, cristalizan pausadamente siete siglos de historia lorenesa.

Alemania rural

¿Cómo será Alemania? ¿Cómo estará? Las dos preguntas se cruzan ante el viajero que va a penetrar por primera vez en tierras germánicas. A veces ocurre que se conoce de largo tiempo a una persona a quien nunca se ha visto. Se han leído cartas suyas, acaso sus libros, si por ventura los ha escrito; tal vez se ha contemplado alguna borrosa fotografía; se sabe más o menos lo que ha hecho y le ha pasado; algo de lo que piensa y siente, pretende —o ha pretendido— ser. A pesar de

© Herederos de Julián Marías

todo, falta algo decisivo, que cuando se logra pone en orden todos los elementos y datos sueltos que antes poseíamos y los convierte de verdad en figura inteligible: el gesto. Es la clave que permite descifrar el auténtico sentido de todas las palabras anteriores, la clave de bóveda, al mismo tiempo, que mantiene unida la arquitectura de una personalidad que sólo ahora resulta patente. Y caemos en la cuenta de que, efectivamente, la persona es, antes que toda otra cosa, la máscara; y que la realidad profunda se corresponde extrañamente con lo que se ve primero, con lo que la mudadiza expresión nos dice súbitamente sin palabras, texto a la par evidente y arcano, iluminación instantánea que sin embargo reclamará larga interpretación y un sabio sistema de trasposiciones.

Esto y nada más busco en este viaje fugaz por tierras del Palatinado y Renania, Westfalia y Sajonia: el gesto. Mi largo trato distante con Alemania va a experimentar una brusca alteración. Una porción importante de mi pasado va a sufrir una nueva peripecia. Los libros que me esperan en mi biblioteca madrileña —Eckhart y Leibniz, Kant y Fichte, Dilthey y Heidegger, Lessing y Rilke, Heine y Mann— no van a decir ya exactamente lo mismo que antes: porque sobre sus páginas, alumbradas hasta ahora por el sol de la meseta castellana o el reflejo neutral de la lámpara, va a haber desde hoy un poco de esa luz en que ya estamos sumergidos.

Por Saint-Avold y Sarreguemines se llega al Sarre. Indicadores amarillos en la carretera, letra gótica en las muestras del pequeño comercio aldeano, prosodia alemana en los oídos. No es indiferente que la entrada en Alemania se haga por uno u otro punto. Este primer contacto —Blies-

© Herederos de Julián Marías

kastel, Einöd, Zweibrücken, Pirmasens, Landau—con las tierras del Sarre y el Palatinado nos muestra lo que menos hace pensar la fecha 1950 y las crónicas de los corresponsales de prensa: aldeas en fiesta. Campos llenos de gentes —unas afanadas, otras ociosas—; niñas con trajes blancos y trenzas rubias; señores con levita de tiempos de Guillermo I, guardada —naftalina entre los pliegues— en el fondo de un arca de roble; banderas blancas, banderas blancas y rojas, banderas pontificias —blanco y amarillo—; guirnaldas en los cabellos pajizos; bicicletas, naturalmente; pero cubiertas de adornos en papel multicolor. En las pequeñas aldeas, casas relativamente pobres, cuyos patios deben de ser pequeños, y la leña apilada en las calles. ¿Y la guerra? Es cierto, la habíamos olvidado. Ya la encontraremos —más de lo que quisiéramos, ¡más de lo que esperábamos!—; pero conviene retener que hay algo más y que el primer gesto de Alemania, cuando se viene de Metz y se cruza el Palatinado para alcanzar el Rin por Speyer, no es otro que la sonrisa.

Las primeras ciudades

Y ésta es la faz que nos sigue mostrando el país. Porque nada hay más apacible y reposado que Speyer, la vieja Spira de las guerras de religión, puesta junto al Rin, entre bosques espesos, esta fresca tarde de verano. Hay gente por las calles, tiendas abiertas, buena cerveza rubia sobre mesas de nogal, reposo en el ir y venir. Un cartel señala la oficina militar francesa. En el parque, junto a la catedral románica, juegan los niños, empujan las madres sus coches, señores viejos repasan sus

© Herederos de Julián Marías

recuerdos en un banco verde; y un antiguo profesor, en bronce también verdoso, deja que su busto se oree plácidamente en el crepúsculo vespertino y parece gozar todavía del momento. Todo ello dominado, ennoblecido, transfigurado, por la presencia de la catedral, con su gran mole caliente en roja piedra del Rin, sus cuatro torres y sus cúpulas, su cripta y sus sepulcros imperiales. Novecientos años, desde Conrado II hasta la ruina del Tercer Reich, han pasado, como fluyen las aguas del Rin, al pie de la catedral, que ha permanecido en el tiempo, haciéndose en él, envejeciendo y patinándose; segura de sí misma y siempre actual.

Speyer es una ciudad mansa y un poco antigua, apiñada en torno a su viejísima catedral. Heidelberg, del otro lado del río, sobre el Neckar, con su Universidad, sus librerías, su Museo —viejos apóstoles renacentistas, que extreman su expresión en la clara madera bien tallada—, sus puentes, su castillo puesto en lo alto, rodeado de los gruesos robles del parque, da la impresión —activa y sosegada— de lo que debió de ser la Alemania universitaria de antes de la guerra, de antes de las guerras. Ciudades intactas, a las que la fortuna ha preservado. En las calles, cazadoras de uniforme americano, *jeeps* veloces, algún Military Post. Los hoteles, llenos, afortunadamente para el viajero, que así va a pasar la noche a un pequeño hotel de Neckargemünd, a unos cuantos kilómetros, y tiene pretexto para contemplar a su sabor las colinas que bordean el río, cruzado de barcos de placer y de carga, que navegan entre las quintas y hasta palacios que se construyó la gran burguesía alemana del Imperio en tan dulce y sabroso escenario; y el viajero puede cenar al aire libre; sobre

© Herederos de Julián Marías

el Neckar, que se va poniendo oscuro; y mientras despacha las viandas, las tópicas pero excelentes salchichas, las inevitables patatas, el sabroso pan moreno, la cerveza, cuyo sabor, como español, había olvidado, piensa —sin curarse de algún impertinente mosquito fluvial— si es cierto que está en Alemania; y como la mesa le da la respuesta afirmativa, se pregunta —aquel día no ha tenido humor de leer periódicos— si será verdad que está en 1950.

© Herederos de Julián Marías

II

A PESAR DE TODO

Frankfurt del Main, 1950

El símbolo de lo que es hoy la vida en las ciudades alemanas pudiera ser muy bien aquella gran pieza de Frankfurt, junto a la estación principal, tal como se la encuentra al llegar a prima noche, viniendo de Heidelberg, a través de la tierra de Hessen, por Worms, Oppenheim y Maguncia.

Es cierto que Mannheim y Ludwigshafen, a caballo sobre el Rin, no son más que un gigantesco montón de ruinas. Es verdad también que de Worms apenas queda más que su catedral románica, y que Worms sigue siendo una maravilla, en que la catedral, no sé cómo, recrea una ciudad virtual que ya no existe, y hasta confiere una extraña intimidad a los escombros. Sin duda Maguncia parece alejarse hacia el pasado, empujada por un viento hostil, mástiles sus torres rojizas. Pero es Frankfurt quien nos da la clave, y allí hace Alemania su primera confidencia.

Una gran plaza, cruzada de tranvías y coches —lujosos y panzudos coches americanos, llenos de níquel y esmaltes relucientes, pequeños *Volkswa-*

© Herederos de Julián Marías

gen utilitarios y ahorrativos—; la masa sombría de la gran estación; grandes hoteles; altos edificios; escaparates fluorescentes; anuncios luminosos que gesticulan sobre la muchedumbre: la imagen habitual y tópica de la «gran ciudad». Sí, pero ¿dónde están las casas? Porque detrás de las fachadas que sostienen el alegre parpadeo de los anuncios no suele haber más que el aire tibio de esta noche estival; a través de los balcones y ventanas, definitivamente abiertos, se ve el cielo casi negro, a quien la iluminación urbana roba sus estrellas; y detrás de los escaparates que ofrecen fina loza alemana, aparatos fotográficos, vestidos, relojes de cuco, cigarrillos o *Delikatessen*, se acumulan las piedras, los ladrillos, las vigas retorcidas que hace poco tiempo eran Frankfurt. Alemania parece haberse acordado del viejo Vaihinger y haber puesto en práctica una melancólica y animosa «filosofía del como si».

Y cuando se entra en el hotel Monopol-Metropol, que está justo al lado del más inverosímil montón de piedra y hierros dislocados, puestos encima de un sótano abierto por las bombas, la impresión de irrealidad es definitiva. Porque no sólo hay un gran *hall* con luz velada, y sillones de cuero, y toda la organización normal, sino que la carta se compone de dos hojas en folio, escritas a máquina sin espaciado, y la única dificultad alimenticia con que se tropieza es, precisamente, *l'embarras du choix*. Tal vez también proyectan una ligera sombra de malestar sobre estas páginas de tupida prosa gastronómica las cifras en *Deutsche-Mark* que se leen a la derecha —el marco actual se aproxima excesivamente a nuestros dos duros de hoy—; pero tampoco es bueno exagerar las cosas.

Las calles de Frankfurt —las de casi todas las

© Herederos de Julián Marías

ciudades alemanas— están llenas de gente. ¿Dónde van a estar, por otra parte? Pero el hecho es que hay animación, ir y venir, vendedores de periódicos con extrañas gorras, que vocean las noticias de la guerra de Corea —tan alusiva y amenazadora aquí—; tráfico; cafés con música; pequeños figones acogedores, donde gentes apresuradas comen salchichas —sin duda frankfurtesas—, ensalada de lechuga y pepino, y patatas, patatas, patatas —en Alemania las patatas no son un alimento, son una obsesión—. Hay también, por supuesto, otras cosas, y se desayunan las correspondientes tazas de excelente café puro, a la alemana, o con crema —dos, tres, pongamos cuatro—, con deliciosos panecillos casi iguales a las madrileñas «alcachofas» que el lector recordará, si no es muy joven, mantequilla y mermelada de grosella, gelatinoso rubí, de tan inverosímil y suntuoso cromatismo, que parece fabricada por la I. G. Farben-Industrie.

Acaso porque ésta es otra obsesión en Frankfurt. Porque en medio de la ciudad maltrecha, donde no se encuentra apenas una manzana de casas intacta, donde la mayoría de los barrios son recuerdos —Frankfurt viejo, donde se reconstruyen con la imaginación bellas plazas silenciosas, casas de tejados apuntados, restos de la casa de Goethe, con cuadros malos, autógrafos y libros y el rincón de calma de un casi jardín—, en medio de toda esta viva desolación, a la que le falta poco para ser alegre, se levanta la enorme mole blanca del edificio de la I. G. Farben-Industrie, casi una ciudad en un bloque, limpia, intacta, increíble, insultante. Allí están instalados los servicios de ocupación americanos, y en su parque se apiñan los rebaños multicolores de Dodges y Buicks, Chryslers y Cadillacs. En los inmensos pabellones, ofici-

© Herederos de Julián Marías

nas, ficheros, máquinas, cientos de máquinas de escribir; uniformes kaki, *girls* de irreprochable fabricación y perfecta sonrisa; y si se consiguen unos dólares *script*, se puede pasar unas horas en América, y cenar en una amplia cafetería toda verde, haciendo deslizar por interminables raíles niquelados la bandeja que se va llenando de sándwiches de jamón y queso, confituras, vasos de leche y naranjada, y ensaladas que prometen infinitas y salutíferas vitaminas y hacen recordar no sin nostalgia la vieja tierra francesa que se ha dejado atrás.

Librerías

¡Cuántos libros en las anaquelerías de los libreros alemanes! Librerías de nuevo, con volúmenes pulcramente impresos en un papel que sólo a veces es digno de las viejas ediciones alemanas. Librerías de viejo, *Antiquariaten*, con más sabor y mejores libros, intimidad y vejez sin polvo ni desorden. ¡Cuántos libros! Pero no se encuentran los que se buscan. Esto prueba hasta qué punto suele ser falsa la primera impresión, si no se tiene cuidado de comparar y hacer las oportunas correcciones —¡aviso al autor de estas notas!—. La abundancia de libros alemanes es justamente todo lo contrario: escasez, tremenda escasez. Todo está agotado, todo espera la problemática reimpresión. La admirable copia de libros que se ofrecen en los altos estantes es sólo el resto de la ingente producción alemana. La guerra, naturalmente. Pero, una vez más, hay que tener cautela. Recuerdo la impresión que me produjo, hace diez años, una exposición madrileña del libro alemán, que solía ser acogida por los visitantes con beatos gestos

© Herederos de Julián Marías

de asombro: una regular familiaridad con la bibliografía alemana acusaba la honda decadencia; la producción alemana de libros de calidad, salvo en disciplinas estrictamente técnicas, se había detenido casi un decenio antes. ¿Se ha reanudado veinte años después? Es pronto para decirlo; las cosas de palacio van despacio, y la reconstrucción de la personalidad y la mentalidad de un pueblo, más despacio aún. Por ahora se ve en las librerías de nuevo demasiada trivialidad, demasiadas novelas mediocres, demasiados libros de esos que se llaman, con pedantería que esta vez no es alemana, sino internacional, «documentos del tiempo». Pero al lado de ello van apareciendo algunos pocos libros egregios, y en el gesto laborioso, sereno y perspicaz de Ernst Robert Curtius —circundado de libros, en el recogido despacho de su silenciosa casita de Bonn— veo un síntoma esperanzador de que la mente alemana salga otra vez *a riveder le stelle.*

Autobahn

Las carreteras alemanas son uno de los lugares más concurridos del mundo. Se recuerda en ellas aquel primer capítulo de *La rebelión de las masas* —«El hecho de las aglomeraciones»—. Coches de turismo, americanos, de vez en cuando belgas u holandeses, sobre todo alemanes: solemnes Mercedes suntuosos, en raras ocasiones; viejos DKW que todavía demoran su retiro y jadean un poco en las pendientes; *Volkswagen,* con vago aire de ratas, que se deslizan ágilmente entre los enormes camiones pesados, nunca solos, sino con dos, tres remolques, que parecen taponar con su mole la carretera. Bicicletas, innumerables bicicletas, movi-

© Herederos de Julián Marías

das por musculosas piernas de mocetones, apenas vestidos con camisa abierta y breve pantalón tirolés de cuero verdoso; o por piernas ya descarnadas de señores que han hecho la primera guerra; piernas largas y esbeltas de muchachas, que impulsan ágilmente los pedales; piernas excesivas de respetables madres de familia, en improbable equilibrio sobre ruedas que giran asustadas; piernas —crecidas de un estirón— de niños rubios y tostados. Las mujeres —faldas o *shorts*, tanto da— han dejado de preocuparse en absoluto de sus piernas; atienden al camino, a los bosques tupidos que lo flanquean, a las bocinas, a los signos de la carretera, a la voz del compañero de viaje; ni se les pasa por la cabeza —como suele hacerse en otras latitudes— llevarle la contraria al viento.

Pero todo esto cesa de repente: ni una sola bicicleta; más coches, más camiones; una anchísima ruta, tersa y recta; a la izquierda, un seto de arbustos, que separa otra igual, por donde discurren los vehículos en dirección opuesta; no más cruces; puentes por encima o por debajo; nuestro coche, sin saber cómo, llega a los 120. ¿Qué ocurre? Un cartel amarillo ha anunciado: Entrada en la *Autobahn*. Estamos en una autopista alemana, que nos lleva de Frankfurt a Kassel.

Nos lleva, efectivamente. En la autopista se ve hasta qué punto la distancia no es asunto métrico decimal, sino cuestión de facilidad o resistencia. La *Autobahn* aproxima violentamente las ciudades, las enlaza de un modo activo. En algún trayecto, la autopista se resiente de la guerra, pierde uno de sus lados, y a la vez que vienen vehículos de frente, otro cartel amarillo nos amonesta: *Nicht überholen*, no pasar.

© Herederos de Julián Marías

Kassel o la destrucción

La llegada a Kassel es estupefaciente. Porque obliga a revisar nuestro léxico y dar una nueva significación al verbo «destruir». Los españoles creemos saber bien lo que quiere decir: es un error; ignoramos su sentido más riguroso. Hay verbos atroces, que forjan en horas malas un macabro y desgarrado humor: aquel «vigurizar» nuestro en 1808, el «pasear» de 1936, «coventrizar» en 1940 —cuando se empezó a ver que en todas partes cuecen habas—. Se podría haber forjado igualmente un lamentable «kasselizar». El hecho es que sólo se llega al extenso solar donde estuvo la gran ciudad de Kassel, vieja residencia de príncipes. No queda nada. Ni barrios, ni calles, ni casas. ¿Cuántas quedarán en pie? ¿Diez, veinte acaso? Aquí se llega al límite en la suplantación de una ciudad. El *Ersatz* llega al extremo de la inverosimilitud: Kassel debiera llamarse hoy Ersatzstadt. El aprovechamiento de las ruinas es tragicómico: tiendas, porque hay que comprar y vender; cafés, restaurants, porque hay que alimentarse; entre los escombros, flanqueados y reglamentados por pulcras aceras, discurren los tranvías. La madera, los tabiques y las zonas inferiores de los gruesos muros antiguos hacen el resto. El *Rathaus*, el Ayuntamiento, potente edificio que ha vivido un siglo escaso, lujoso y lleno de empaque, está abatido, literalmente aplastado por la mano brutal de las explosiones. Pero bajo su mole ruinosa, en el sótano —el sótano es un gran invento—, funciona un excelente restaurant —*Ratskeller*—, donde se sirve una suculenta *Krabben-*

© Herederos de Julián Marías

mayonnaise y hasta el más inesperado y confortador plato de jabalí.

Pero, ¿no queda nada, nada en Kassel? Sí: nada menos que Rembrandt. Pero de esto será mejor hablar otro día.

Otra vez la autopista. ¡Qué cerca está todo! ¡Qué pequeña es Europa, tan grande! Al alcance de la mano, Göttingen, intacta, pequeña ciudad universitaria, burguesa y recoleta, en una apacible tarde de sábado. Escaparates provincianos, una gran librería cerrada, que excita la avidez con sus libros negados tras los cristales, la Universidad dieciochesca, en una plaza recogida, donde se ha ido haciendo pausadamente la lenta ciencia alemana. Luego, las carreteras van anunciando, con creciente insistencia, un imposible: «A Berlín». Estamos llegando a Goslar, en tierras de Hannover, bien dentro ya de Alemania: tanto, que a ocho kilómetros se termina provisionalmente nuestra Europa y empieza ese espacio azorante que no quiere terminar en Vladivostock.

© Herederos de Julián Marías

III

LA VIDA COTIDIANA

Tierras de Hannover, Brunswick — Braunschweig, si gustáis —, Westfalia, cuando Alemania era múltiple y plural, cuando todavía Prusia no había llegado a todas partes y no se había forzado, en nombre de la unidad, la unificación, que es otro cantar. Si la ciudad es demasiado una, decía ya el viejo Aristóteles, pasándose la mano por la frente, después de recordar los mil modos de hundirse los regímenes, si se hace demasiado homogénea, ya no será ciudad, sino una casa o un individuo. Y el individuo es inseguro, inquieto, peligroso. Hoy lo sabemos como nunca. Hacen falta los pausados movimientos provinciales, sosegados, de estas comarcas llanas y apacibles, cruzadas por ríos lentos — Weser, Lippe —, con bosques y cultivos, horizontes abiertos y sin fiebre. Tierras leibnizianas: *Annales Brunswicenses*, biblioteca real de Hannover, desde donde Godofredo Guillermo, ya doliente, próximo a morir, se carteaba con aquel ferviente y extremado francés, Nicolás Rémond, que ya no juzgaba a los hombres sino por la admiración que sentían hacia el señor de Leibniz.

Estas tierras, de ciudades pequeñas y medianas, de prósperas aldeas, han recobrado, a los cinco

© Herederos de Julián Marías

años, la calma. La vida pública, que se estremece en Heidelberg, Frankfurt o Colonia, deja el paso a la gris vida cotidiana. Pero, ¿por qué gris? ¿Habremos perdido la sensibilidad para todo lo que no sean colores chillones de cartel? Basta acercar los ojos para ver las multicolores irisaciones de esa vida vulgar de un miércoles cualquiera. Aquí los periódicos se leen en casa, después de cruzar tal vez seis palmos de jardín y subir una escalerita empinada, que huele a cera y trementina, franqueada una puerta de cristales que acaso ha abierto una niña dorada, húmedo azul los ojos claros, que hace pensar al viajero, castellano viejo, en la «niña de nuef años» que abrió —cerrando— su casa a Mío Cid; o si no, se leen, sujetos a una especie de mango de madera —como en España solía ser costumbre en las peluquerías—, en una cervecería con visillos toscos y claros muebles de roble o de castaño. Así, las noticias de Corea, Formosa o Lake Success pierden evidentemente virulencia, aunque desde una torre se descubra la línea realísima del metafórico telón de acero. Y «mientras tanto», es decir, en el hoy fugitivo que es su realidad verdadera, el organista de St. Godehard, junto a su iglesia en ruinas, cruza la huerta, donde pace una cabra atada a un árbol, en la mano un plato de frescas cerezas para la merienda.

Goslar

Nada hay más quieto y pacífico que Goslar. Nunca una ciudad española puede tener tan honda calma, a menos que sea una ciudad muerta. Y Goslar no lo está, sino tranquila, a pesar de estar tan cerca —una hora de andar, cinco minutos de au-

© Herederos de Julián Marías

tomóvil, un tiro de cañón — de la más profunda frontera que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros. Tan cerca, que Goslar está ya «en el terreno del toro»: acaso por eso más allá de la inquietud.

Todo antiguo. La vieja ciudad milenaria del Sacro Imperio parece dispuesta a cualquier coronación. Sólo haría falta sacar estandartes con leones, águilas y cruces, caracolear caballos, relucir armaduras, poner seda y terciopelo, trenzas rubias y ojos claros, curiosos en las ventanas de las *Giebelhäuser* de altos tejados agudos y aleros de madera. Enrique el Pajarero, Conrados, Otones. El gran palacio imperial, frente al que monta la guardia, a caballo, en verdinoso bronce, junto al colega medieval, Guillermo I, fundador del Segundo Reich. Alrededor, bosques con una sombra de misterio, en el atardecer. Cerca, un hilo de agua mansa.

Calles casi desiertas. Pequeñas tiendas tímidas: gorros, diminutos pantalones tiroleses que son portamonedas, broches de fina pasta: brujas en vuelo, Caperucita Roja con todo su paisaje policromado en tres centímetros: cesta de merienda, flores, lobo feroz, prado verde y hasta un abeto que escucha el diálogo. Edad Media, cuentos infantiles, mínima artesanía: se encuentra bien la rima. Y una plaza prodigiosa, donde el aire descansa entre las casas apuntadas, con vigas desiguales y enseñas de hospederías. Y una fuente...

En el escaparate de una tiendecita se ofrece al transeúnte un periódico abierto. ¿Últimas noticias bélicas, información de la vecina zona soviética? Una crónica de Madrid, donde el corresponsal —*sine ira et studio*, ¡ay! también sin chispa— explica en pocas líneas los apoyos del régimen, el precio de los zapatos, la magnificencia de los cines

© Herederos de Julián Marías

madrileños, la buena acogida que encuentran los alemanes y cómo las damas españolas rebajan en un grado las modas de París. Y el Ejército de Ocupación se manifiesta en Goslar en las personas de dos soldados británicos — boina y *kodak* — que buscan el ángulo mejor para poder mandar a la novia del condado de Kent esa casa que me ha gustado tanto.

Brunswick al 20 por 100

Esta ciudad, cabeza de un pequeño Estado ilustre, ¿es grande o pequeña? No acaba de saberse. No me he formulado siquiera esta pregunta, pero está gravitando sobre mi visión de sus calles y sus plazas. Grandes almacenes. Iglesias protestantes y católicas. Cafés con terrazas, suave música, excelente café, precios escalofriantes — marco y medio por taza — y una camarera sonriente que, por lo visto, entiende la mímica española de nuestros comentarios.

Misa dominical en la iglesia católica de San Gil — *Aegidienkirche* —. Muchedumbre seria y recogida que se va sentando pausadamente en los bancos. Trajes decorosos, gesto de tiempo libre, esmero. En el púlpito, un sacerdote discreto y apacible habla — de religión — con pura fonética alemana, que el viajero agradece. Muchas mujeres con el cabello al aire. Parece que sólo en España se cumple a la letra el precepto. Tal vez porque perdura en la sociedad española el sonsonete con que lo aprendían nuestras bisabuelas, en las Máximas del barón de la Andilla:

Niña, en la iglesia tu cabeza tapa:
San Lino lo ordenó, segundo Papa.

© Herederos de Julián Marías

Otra vez —por tercera vez en Alemania— Rembrandt. Y de nuevo Cranach. Y tantas cosas. Pero persiste la inquietud. Brunswick, Braunschweig si así lo preferís, ¿es pequeño o grande? Parece una ciudad de extensión limitada; pero tiene un aire de casi gran ciudad. Frecuentes parques para bicicletas, con un cartel que advierte: «Sin vigilar». O bien: «Vigilado. 10 Pfennig.» El camarero sesentón del Hotel Lorenz —Wilhelm Lorenz, Propietario— nos da la clave. ¿Ha sido destruída una parte grande de la ciudad? —le pregunto—. El 80 por 100, en treinta y dos minutos —me responde. Esto explica mi malestar: hemos visto sólo Brunswick al 20 por 100, y casi ha desaparecido hasta la destrucción.

Al tomar la carretera, ya hacia el Oeste, acomete una cierta zozobra. ¿Qué habrá sido de Hildesheim?

El organista de S. Godehard

Otra vez en el viejo reino anglo-alemán de Hannover. Estamos entrando en Hildesheim. ¿Entrando? Bueno, intentando entrar. ¿Dónde está la ciudad? Vueltas y revueltas, calles bloqueadas por los escombros, ruinas, ruinas, ruinas. Alegres, sin duda; con verde yedra y hasta trozos de huerta donde no hay demasiado hierro viejo. A lo lejos hacen señas las torres heridas que siguen en pie; pero ¿cómo llegar hasta ellas? Hay que dejar el coche en un caminito en cuesta, por donde bajan, en la tarde de domingo, familias con merienda que empujan cochecitos infantiles.

Man muss leben, hay que vivir —nos ha dicho el organista de la iglesia de S. Godehard, que hizo levantar en el siglo XII, de vuelta de canonizar a su titular, el obispo Bernhard de Hildesheim, a

© Herederos de Julián Marías

imitación de Saint Rémy, en tierra de Francia. La iglesia está parcialmente en ruinas, pero se sostiene aún, gracias a un prodigioso efecto de la onda expansiva de las bombas. Este organista de gruesas gafas y viva pasión por el románico está dispuesto a reconstruirlo todo. Pero ¿por dónde empezar? Por las iglesias: por la suya y por la evangélica de San Miguel, que hizo construir un siglo antes el obispo Bernward —hay que aprender a distinguir, quiérase o no, a los dos obispos arquitectónicos de Hildesheim—. Por lo demás, la ciudad pertenece al pretérito, tal vez al futuro esperanzado de este entusiasta organista, que ha renunciado a sus cerezas para mostrarnos cada capitel, cada arco derruído. Nos señala una vieja casa apuntada, renacentista —Nadie se fijaba en ella —nos dice—. Había más de setecientas, y era de las más vulgares. Ha quedado ella sola, y hoy nos parece maravillosa. ¡Es el secreto de muchas glorias! No hubo muchos muertos en Hildesheim, porque los habitantes pasaban las noches en los bosques; sólo poco más de un millar perecieron aquella noche elegida. El cielo tronó y ardió durante media hora: al amanecer había una ciudad menos en el mundo.

El viejo cementerio —verdosas lápidas hincadas oblicuamente en la tierra, entre cipreses—. La tumba del obispo Bernward. Y en la capilla, en bronce bien labrado, la columna y las fabulosas puertas de Hildesheim, donde reviven la creación del mundo y la vida de Cristo: tal vez de ahí arranca la mitad de la escultura alemana. Un señor que se acerca a los setenta, traje negro y cuello almidonado, derrama en nuestros oídos dignas y eruditas explicaciones. Es un marco cincuenta: *man muss leben.*

© Herederos de Julián Marías

Paderborn o las generaciones

Esto en Westfalia. En la llanura un poco seca, algo pelada a trechos, Paderborn, ciudad episcopal y militar, con fuerte catedral y tradición de húsares que cabalgaban por las cercanías. Bombas, pero en proporción moderada. (En Hildesheim, las industrias enclavadas en las afueras de la ciudad todavía no han salido de su asombro.) La capilla bizantina de San Bartolomé. Desde que hemos dejado el Rin, la piedra ha dejado de ser roja: blanca, un poco agrisada; el sol germánico no llega a dorarla.

En el Hotel Haase hay un comedorcito provinciano, en tonos claros, con lámparas de viva luz, periódicos con mango y excelentes chuletas de cerdo —los cocineros alemanes son unos virtuosos de este suculento animal—. Se puede dormir bien en pulcros cuartitos. ¡Si no fuera por la camas alemanas! Colchón que se levanta bajo la cabeza, enorme almohadón de plumas, donde se sumerge uno, sin resistencia. Y, sobre todo, ¿quién inventó que la sábana fuese sólo este lienzo que sirve de forro —infinitos botones— a un edredón de plumas? Cuando el viajero se acuesta, en julio, el calor es atroz; poco rato después, el edredón está en el suelo, derribado por un pie inquieto: no hay más remedio que desabotonar, pacientemente, el forro, arrojar las plumas y diputarlo, con un enérgico acto de fe, sábana. Max Scheler compuso todo un libro «Sobre las causas del odio a los alemanes» —*Über die Ursachen des Deutschenhasses*—: a pesar de su perspicacia, no supo buscar bien.

© Herederos de Julián Marías

Pero, con todo, ¿por qué madrugar tanto? ¿Qué son esas músicas militares? Bajo la ventana van pasando señores de buen peso y rostro sonrosado. Uniforme verde, kepis, banda carmesí. En el kepis, unas hojas de roble. En el comedor del hotel, mientras nos sirven los huevos y el café, van llegando, llenando las mesas. Charlan, se ríen, desayunan con enérgico apetito. El párroco, con levita y chistera, desayuna también y sonríe alegremente. ¿Qué ocurre? En la calle se van formando estas extrañas y joviales tropas, sin más armas que algunos sables dorados que llevan los más solemnes entre estos señores. Es, por lo visto, la *Schützenfest*, una especie de fiesta de la milicia, que dura ya tres días. Hoy habrá el gran desfile, y al terminar, a las doce en punto, matarán a tiros al rey —pobre rey de trapo y cartón—. Empieza el desfile. Muchos hombres. Los uniformes verdes se han acabado, y ahora llevan sus trajes de americana y pantalón, con el verde kepis, eso sí. Al hombro, a guisa de fusil, un palo, en el extremo unas hojas de roble. La banda toca —no se canta— el *Deutschland über alles*.

¿Por qué empieza a gustarnos todo menos que antes? ¿Por qué lo encontramos menos simpático, un tanto inquietante? Es demasiada gente, demasiada fruición en marcar el paso, demasiado certero el gesto casi cómico con que manejan el palo verdecido. Todo es todavía idílico, pero ¿no les gusta demasiado el juego? ¿No tienen bastante? (Siempre he creído que el militarismo es infantil, y que la guerra consiste esencialmente —y la cosa no es de poca monta— en jugar a los soldados.) Y hay algo más. Los alegres comensales del Hotel Haase eran hombres maduros, entre los cuarenta y los sesenta. Ahora desfilan también —sobre

© Herederos de Julián Marías

todo — jóvenes. Y tienen otra expresión. Decididamente, me gustan menos sus gestos ásperos, sin humor. (En Europa, gentes siniestras de varios colores llevan algunos decenios persiguiendo el humor y el buen humor: gentes estúpidamente serias, que ignoran —¿o acaso no?— la función purificadora de la sonrisa. Dadme periódicos con caricaturas divertidas y comentarios burlones, para que no haya que decir que «huele a podrido en Dinamarca».) Jóvenes adustos, risueños hombres maduros, sonrientes y cordiales viejos de la otra guerra. En Paderborn hemos topado con las generaciones. con uniformes verdes y bandas carmesíes.

© Herederos de Julián Marías

IV

OTRA VEZ EL RIN

Er, sie, es

Él, ella, ello —como anuncian los almacenes de confecciones alemanes—: es decir, caballeros, señoras y niños. ¿Cómo son, qué aspecto tienen al menos, estos hombres, estas mujeres, estos niños alemanes que vamos viendo en diversas ciudades, en calles y plazas, en cafés y hoteles, labrando el campo, comprando y vendiendo, jugando en los parques, rezando en las iglesias?

Los niños son maravillosos. Los muy pequeños, redondos, sonrientes, pacíficos, con dos pequeñas aberturas en la piel dorada y tostada, por donde asoma la suave luz azul de los ojos. Los mayores, altos y espigados, con alegre decisión, juegan —a veces entre las ruinas: ¡qué fabulosos mundos infantiles!—, apenas vestidos con camisa —o sin camisa— y pantalón tirolés, a menudo descalzos, siempre limpios. Las niñas, dulces y resueltas a un tiempo, desde sus bicicletas, dan al viento sus trenzas y su sonrisa; o se lanzan con elásticos movimientos un balón, mientras sus padres y sus hermanos desfilan al son de marchas militares.

¿Y cuando crecen? Parecen contentos los alemanes de hoy. Sonrientes, bien nutridos, animosos, con ancho gesto cordial, activo y seguro. Los ale-

© Herederos de Julián Marías

manes están contentos — me ha dicho un amigo—; pero no les preguntéis por su vida individual, porque empezarán a contar desastres. Ésta es tal vez la situación. Sobre el destino atroz de tantos millones de europeos, y entre ellos alemanes, la vida cotidiana ha ido tejiendo su película tenue y sin embargo solidísima, ha ido alumbrando incluso desconocidas fuentes de alegría, de complacencia en el esfuerzo; pero bajo esa película laten y sangran todas las heridas de cerca de veinte años. Trabajo. Eficacia. Tráfico, ir y venir. Resueltos a no parar, sin indolencia: ni para el tractor ni para el fusil acaso. Pero quizá esta falta de indolencia, aun allí donde llega a ser inquietante, lo sea menos que su excesiva presencia en otros meridianos. Los alemanes, entre sus escombros, se afanan de la mañana a la noche. Marta, Marta. Está bien, está bien. Pero ¿tendrán holgura para quedarse alguna vez meditabundos?

Esto se echa de ver, sobre todo, en las mujeres. Quisiera equivocarme, pero tengo la impresión de que las mujeres alemanas andan un poco olvidadas de sí mismas; quiero decir del hecho elemental y decisivo de que la mujer no existe en la naturaleza. La hembra sí, claro está; pero ser mujer es una empresa aventurada y audaz, inverosímil e improbable, que cuando sale bien justifica la existencia del planeta. Y siempre es conmovedor y maravilloso el intentarlo: de las cenizas de esos cohetes disparados animosamente a lo alto y que no han llegado, a pesar de todo, a confundirse con las estrellas, se ha alimentado desde hace seiscientos años lo mejor de la vida europea. Y temo que las muchachas alemanas, al recogerse un día las trenzas, recojan también sus pretensiones femeninas. Hay la guerra y la postguerra, ciertamente; se nos

© Herederos de Julián Marías

dice que no tienen casas, ni muebles, ni demasiados vestidos, ni mucho dinero, ni tiempo. Sí. Pero Ortega suele decir que sólo cree en las causas líricas, y no estoy lejos de pensar lo mismo. Las condiciones de vida de las ciudades alemanas son infinitamente superiores a las de Madrid entre 1936 y 1939. *Eppur*...

El hecho es que la mirada atenta del viajero se lleva en la retina un botín demasiado pobre de logradas figuras femeniles. Aquella dama, solemne y bella, que andaba pausadamente por la calle de Heidelberg, mirando los escaparates; aquella otra que afirmaba victoriosamente su elegancia sobre un horizonte ruinoso, junto a la casa de Goethe; aquella muchacha de cabellos lacios y profundos ojos verdes, que fumaba pensativa en un restaurant de Frankfurt, y que indudablemente había encontrado tiempo para darse carmín en los labios y quedarse en sí misma unos minutos de solitaria sobremesa.

Renania

Todavía estamos en Westfalia. Esta ciudad menor, que surge en la carretera cuando vamos buscando la autopista, se llama Soest. Iglesias inesperadamente verdes: la piedra de Soest es de un verde claro, que opone sentimentalmente a la piedra roja del Rin. ¿Cómo no cuidan esto los libros de arte? ¿Por qué no dicen —o dicen tan poco y tenuemente— estas cosas decisivas? ¿Cómo no sabía yo, cómo no sabemos todos, que la catedral de Worms está perpetuamente encendida en tintas calientes? ¿No se advierte que la iglesia de San Patroclo, en Soest, antes que ser románica, y tener una torre cuadrangular impresionante, con una

© Herederos de Julián Marías

insolente caperuza, es sencillamente verde? Y lo mismo la gótica Wiesenkirche, la iglesia de la pradera, herida por las bombas, con su nave rota y sin vidrieras, donde una muchedumbre de obreros se afana por trabajar la eterna piedra verde de las mismas canteras, que volverá a restablecer sus arcos, al cabo de seis siglos.

Autobahn. Largo rodeo que nos acerca a Colonia. La autopista rodea el Ruhr. A derecha e izquierda —sobre todo a la izquierda—, un horizonte de chimeneas humeantes. Todo marcha, todo se agita y produce. Los camiones arrastran sus remolques. Ciudades negruzcas, con pequeños jardines tiznados: tiznados, pero al fin y al cabo jardines. Todo ha renacido: ¿será posible? ¿Hablarán demasiado estos obreros, estos capataces, estos ingenieros, estos empresarios de los «tiempos normales» y de «las circunstancias que atravesamos»? En lugar de palabras vanas, el viento del Ruhr sólo arrastra los negros vellones de las chimeneas.

Colonia, Bonn, Aquisgrán. Si queréis, Aachen; o bien Aix-la-Chapelle: su nombre traducido tantas veces muestra bien a las claras que Aquisgrán ha sido de todos, que es una ciudad europea, nuestra. Carlomagno: primera versión de Europa. Por Aquisgrán podría empezar Europa a sentirse una, y en una Universidad ideal se enseñaría allí la más urgente de las disciplinas: Patriotismo europeo, en tres cursos.

Otra vez el Rin. Ancho, potente: la majestad sobre la gracia. Puentes rotos. Ojos que verdaderamente lloran. Y barcos bulliciosos, que entre las lágrimas deslizan su sonrisa. La catedral de Colonia, malherida, en un campo de ruinas. San Gedeón, los apóstoles, San Severino, donde entre arcos rotos y bóvedas hundidas se vuelve a labrar,

© Herederos de Julián Marías

una vez más, la piedra. Caperuzas exageradas de la catedral de Bonn. Doble iglesia de San Clemente, en la paz campesina de Schwarzrheindorf. Y la definitiva grandeza —los metros cuentan poco— de la capilla real de Carlomagno, en un Aquisgrán que es para nosotros donde acaba Alemania.

Rembrandt

Primero había sido, hacía tiempo, en el Louvre. Ahora en Frankfurt, en Cassel, en Brunswick y en Colonia. Para un español, el descubrimiento de Rembrandt es una de las cosas importantes que le aguardan detrás de las fronteras. Cuando se han rebasado los treinta años, se empieza a sentir cierta prevención hacia los museos. (Los museos, casi lo único que queda en Alemania: los frágiles lienzos, las tablas que apenas resisten un soplo, han burlado irónicamente las bombas y permanecen allí donde han perecido hasta las ruinas.) Pero al ver y volver a ver las telas de Rembrandt del Rin se ve hasta qué punto las realidades mejores son insustituíbles. Rembrandt es un riguroso y preciso enriquecimiento. Decididamente, hay que sentar una partida, un sumando más en la cuenta de nuestra vida. Así: Rembrandt. Y otras partidas menores, entre ellas Cranach el Viejo.

Otra frontera

¿Estamos en Bélgica? Campos verdes. Nubes, Enormes caballos. Encima, el arco iris. Los paisajistas flamencos supieron verlo bien.

Por entre el cinturón industrial, ya anochecido,

© Herederos de Julián Marías

buscamos la salida de Lieja. Llueve. Hay tabernas y pequeños cafés, gentes apresuradas, bruma. Novela de Simenon. Un puente con ángeles —¡qué lejos de Córdoba! — es nuestro camino, camino de Francia. Una enorme nube negra está pegada a las aguas sombrías del Mosa.

1950

© Herederos de Julián Marías

V

UN SIGLO

Heidelberg, 1951. Desde mi balcón, toda la excesiva romántica belleza de la ciudad: el río lento y ancho, los puentes, el verdor del bosque y, arriba, la mole rosa del castillo. Nubes aborrascadas, llovizna, algunos truenos. El Neckar se ha vuelto gris verdoso. Los vellones de las nubes están tenazmente enganchados en lo alto de los montes. A lo largo del río, y por el puente viejo, pasan pesados camiones, coches ligeros, también grandes, lujosos coches americanos, conducidos, muchas veces, por inverosímiles muchachas, prodigiosamente esbeltas, que gobiernan gentilmente los enormes artefactos.

A esta ciudad llegó, hace un siglo largo, un mozo soriano, más viejo que sus años, a quien su amigo Amiel no podía menos de encontrar «drôle». Se llamaba —como yo— Julián; pero fué siempre, ceremoniosamente, don Julián Sanz del Río. Estudió filosofía con Roder, discípulo de Krause. Yo escribo ahora en el Roderweg, el camino de Roder. Y me siento un poco, al mirar el paisaje que Sanz del Río vió tantas veces, personaje de nuestro entrañable «Azorín».

Pero el caso es que yo he venido a Heidelberg para hablar, en el aula máxima de su vieja Universidad, de Filosofía. De Filosofía española. Pero, entendámonos: de Filosofía a secas, de actual y

© Herederos de Julián Marías

real Filosofía europea, que, por lo visto, ahora se hace y se piensa también en España. Los estudiantes, los profesores que escuchan esa filosofía se sienten personalmente afectados por ella, es también cosa suya, no relato ajeno de ajenos quehaceres. Pero a la vez encuentran —nada menos— lo que Ortega ofreció hace muchos años, tantos que son exactamente los de mi vida, posibles maneras nuevas de mirar las cosas.

Ha pasado un siglo desde que don Julián Sanz del Río llegó a Heidelberg a conocer —por primera vez entre nosotros— lo que era la Filosofía alemana. Las cosas han cambiado. Tanto, que esta Filosofía que hoy interesa a los fornidos mozos alemanes, a las rubias muchachas, a estos agudos profesores que se encarnizan tras una idea y la persiguen durante tres horas seguidas —hasta que al viajero se le agotan sus recursos lingüísticos—, esta Filosofía se parece bien poco a la de mi viejo tocayo. La Historia no se detiene, es inexorable, y, bajo el puente de piedra rosada, el Neckar hace rodar siempre aguas distintas. Pero a la vez, la Historia excluye la impiedad, y la castiga con el error. Porque sería ilusorio olvidar que esta Filosofía, tan otra, ha nacido en España gracias a aquel estremecimiento intelectual que don Julián llevó de Heidelberg. En la campiña toledana, en Illescas, en un pupitre alto, don Julián Sanz del Río leía los libros que había traído de Alemania, sin entenderlos siempre, dándose cuenta de ello —lo que es, si bien se mira, maravilloso—. La luz toledana iluminaba las rebeldes páginas góticas. Y don Julián renunciaba a su cátedra de Historia de la Filosofía en la Universidad de Madrid, por no creerse suficientemente preparado. Sabedlo, españoles: alguna vez un español se ha creído infe-

© Herederos de Julián Marías

rior a un puesto; ha sabido decir: «Todavía, no.»

El krausismo español, tan limitado, tan desmañado, tan conmovedor —leed su historia, que monseñor Pierre Jobit ha contado mejor que nadie—, fué la novatada de nuestro aprendizaje de la Filosofía, olvidada desde hacía más de doscientos años. Pero no se puede ser, al principio, más que novato y bisoño. Sólo a ese precio puede conseguirse que un día, junto al mismo manso Neckar, pueda tener existencia filosófica, como una esencial posibilidad, el nombre de España.

© Herederos de Julián Marías

VI

SOBRE EL BUEN USO DE LAS RUINAS

Pascal compuso, hace casi trescientos años, una «oración para pedir a Dios el buen uso de las enfermedades». Diez breves, aladas, estremecidas páginas. Alemania ha escrito en el último decenio un tratado, un grueso tratado en mil ciudades; el título lo pone, naturalmente, el lector, quiero decir, el viajero —si no está dormido—: podría ser el de este artículo: «Sobre el buen uso de las ruinas». No falta materia: no sé si alguna vez se habrá dado en la Historia tan fabulosa acumulación de escombros; es tan colosal, que resulta, por paradoja, edificante. Nuestro tiempo es el de los superlativos; todo es mayor que nunca: la velocidad y la riqueza, el saber y la estupidez, la producción y la destrucción, la información y la mentira, las posibilidades de curar y el asesinato. Para acumular las ruinas alemanas ha sido menester, primero, una maravillosa capacidad de construir: tenaces esfuerzos de mil años, regla y compás de miles de arquitectos, gafas que defienden ojos miopes inclinados sobre los planos, manos —millones de manos— que van poniendo una piedra sobre otra, y luego las tejas rojas, y las puertas labradas, y las caperuzas cónicas de las torres grises. Arquitectos medievales, que llevaban la última novedad de Francia, de Flandes o de Italia; melancólicos ar-

© Herederos de Julián Marías

quitectos que borraron las tremendas huellas de la Guerra de los Treinta años; otros, ya más seguros, envueltos en casacas a la Chodowiecki, lectores de Maupertuis y d'Alembert, que sueñan con Versalles; arquitectos bismarckianos, progenie de Gottfried Semper, constructores del segundo Reich. Las manos parecen siempre las mismas, aunque entre unas y otras medien los siglos y hayan ido esgrimiendo distintas armas: en todas el mismo callo del esfuerzo; y después, el asa del mismo barro muniqués, coronado por la misma espuma de la cerveza, donde se ahogan por igual las varias penas de todas las centurias.

Y del otro lado, los ojos también tenaces y agudos, enredados en las integrales, aplicados al microscopio electrónico, fruncidos por la meditación; y otras manos laboriosas, que funden el acero, combinan el trinitrotolueno y ajustan con esmero la última espoleta. Ya está. Quinientos cuatrimotores, una señal muda, quinientos suaves movimientos de palanca. Una ciudad menos.

No exageremos: sólo falta la mitad, o cuatro quintas partes. ¿Y los motivos? Habrá que escribir largo —cuando se pueda escribir en el mundo: esto que aquí hago sólo es una aproximación— sobre los motivos del lobo, que Rubén cantó; de todos los lobos —los pobres lobos— que pueblan nuestro planeta. Pero aquí no es posible; veremos si en la segunda mitad de este siglo nuestro...

Se suele pensar que Alemania es hoy, naturalmente, un país en ruinas; y no es cierto; es sólo un país con ruinas; conviene manejar con cuidado las preposiciones. Y ahí estriba el buen uso que han hecho y están haciendo los alemanes: en ese sutil cambio de preposición. No se han instalado en ellas, no se complacen en su existencia, no se

© Herederos de Julián Marías

consternan. El único muro definitivamente arrasado es el de las lamentaciones. Los alemanes han limpiado sus escombros, los han acuartelado en sus reductos mínimos, los han ocultado con una delgada película irreal de escaparates y cafés. Entre nuestros ojos y los hierros retorcidos por las explosiones o las piedras desmoronadas se interponen grandes lunas transparentes, azuladas fluorescencias, libros, aparatos fotográficos, sonrosadas salchichas, finas porcelanas de Nymphenburg —bailarinas que danzaron ante todos los Wittelsbach en salones dorados de Cuvilliés—, rojas cerezas, amarillos plátanos exóticos.

Donde las ruinas son vencibles, nuevas construcciones se levantan victoriosas; cuando se puede llegar a un compromiso con ellas, los ladrillos improvisados que piden cal y pintura, los sacos de arena, son como el vendaje apresurado que el buen guerrero se anuda con la mano derecha y los dientes, sin desmontar siquiera: testigo, esa Universidad muniquesa donde suena la palabra de Guardini, donde perdura la sombra todavía reciente de Vossler; cuando hasta las ruinas mismas han perecido, queda la resignación: se las acota, entre ellas ruedan los tranvías y las gentes van y vienen, haciendo otras cosas: por ejemplo, de aquel abandonado cuartel de Maguncia, la Universidad Johannes Gutenberg.

© Herederos de Julián Marías

VII

PATRIOTISMO EUROPEO

A Ilse von den Driesch

Es casi un tópico decir que la primera batalla de la segunda guerra mundial fué la guerra de España; de esa afirmación se sacan consecuencias curiosamente diversas; es una de las predilectas de los expertos internacionales en confundir las cosas, que hoy suelen ser los encargados profesionalmente de regir el mundo o de informarlo. Y sin embargo yo diría casi lo mismo; yo también encuentro esencial afinidad entre nuestra guerra y la más grande; pero no porque la primera fuese un ensayo en pequeño de guerra internacional —dejo a otros el cuidado de decidirlo—, sino al revés, porque la segunda me parece —en sus orígenes, en sus primeras fases, en su núcleo más hondo— una colosal guerra civil, la Guerra Civil Europea.

Y esto se siente, mejor quizá que en parte alguna, en Alemania. No porque Alemania no haya pecado gravemente contra Europa, sino a causa precisamente de ese pecado, que descubre y pone de manifiesto la ley infringida. Por el pecado y por la penitencia, que en este caso es —literalmente: por falta de gracia— el pecado de los otros. Por esto se siente allí, más vivo por estar en carne viva, eso que vengo llamando hace años patriotis-

© Herederos de Julián Marías

mo europeo. Y lo llamo así porque no se trata de una mera realidad económica, o política, o cultural, ni de una mera conciencia de unidad histórica, sino de una fuerza, de una viva potencia actuante, que nos penetra, nos domina y nos mueve y conmueve, porque es una emoción. Es algo que afecta al alma y al cuerpo, que persuade y humedece los ojos, que enorgullece y provoca rubor, que tensa los músculos y estremece. Yo sentí como una humillación el día que los alemanes entraron en París, y dolor y vergüenza ante la catedral de Worms, ceñida de ruinas, como una madre rodeada de hijos muertos, o en la vieja Maguncia, brutalmente machacada. Como si hubiese visto hendida mi vieja torre vallisoletana de la Antigua, o el salmantino colegio de Irlandeses, o el puente romano que abraza el Guadalquivir en Córdoba. Como tantas veces he hecho.

Los campos bien labrados de Francia, y el lago de Starnberg en Baviera, y los dos lagos que enhebra la Isar, camino de Munich, y el Danubio, río divino, que he cruzado apresuradamente en Ulm, a la sombra de la catedral gótica, y el Rin con sus barcazas lentas, casi hundidas de tanta carga, y los bosques por donde corren Bambi y Falina, todo es nuestro. Como las murallas de Ávila y el Parlamento de Londres, y los cuadros chiquitos de Vermeer de Delft, y los jardines de Monreale, y el Danubio entero, hasta su última gota, desde la Selva Negra hasta el Mar Negro. ¿Y las redondas cúpulas moscovitas? No sé, porque a Europa le pertenecen también sus dudas, sus espinas siempre clavadas, sus romances fronterizos, con música de guzla o de balalaika.

Y no cabe duda de que sin Alemania no hay Europa. Claro es que ella olvidó, en una mala hora,

© Herederos de Julián Marías

que sin Europa no hay Alemania, y se perdió a sí misma; pero eso no es razón para seguir jugando, de olvido en olvido, a una siniestra comedia de las equivocaciones. Pero se advierte que el patriotismo europeo va germinando jovial, briosa y a la vez melancólicamente en las almas. Ya sé, ya sé que no es oro todo lo que reluce, que se pone al mal tiempo buena cara, que hay muchos tristes «ismos» que retoñan, más tristes todavía, porque nunca segundas partes fueron buenas. Pero también se ha dicho que no siempre lo peor es cierto; y no estoy dispuesto a creer que lo más importante son las feas almas anacrónicas que anidan en todos los pueblos: las que nunca olvidan, las que nunca perdonan, las que se enquistan en las ideas viejas; las que —paradójicamente— nunca recuerdan lo que hay que recordar: la historia que pasa y pasa y nunca se detiene y nos lleva siempre a mares antes nunca navegados.

Prefiero creer que el patriotismo europeo es sentido por muchos que no lo saben, porque, aunque es una opinión muy difundida, no es todavía opinión pública. Por las almas jóvenes de Europa, capaces de llegar —no importan sus años— a esta mitad de siglo; por los que, cuando oyen hablar de ese patriotismo nuevo, en el que acaso nunca habían pensado, encuentran que era ya el suyo más profundo y se sienten arrastrados, como cuando pasa el regimiento, por una música entrañable y nunca oída.

© Herederos de Julián Marías

VIII

INSTANTÁNEAS

La escena en Munich. El tranvía número 6 rueda por la Ungererstrasse. Sentado en él, frente a mí, un señor cincuentón, de mediana obesidad, con pantalones cortos, que dejan ver muslos desusados. El señor saca un cigarrillo y lo enciende. En el asiento de al lado, otro señor, al filo de los sesenta, vivaracho, gafas y pelo casi blanco, se inclina hacia el primero y le dice en voz baja unas palabras. El caballero de pantalón corto vuelve a extraer su pitillera y la tiende a su vecino. Éste toma un cigarrillo, lo enciende y alarga al propietario su precio exacto: un «Groschen» —algo muy parecido a una peseta «rubia»—. El viajero, con la mayor naturalidad, guarda el Groschen en el bolsillo del chaleco, y ambos fuman plácidamente mientras el tranvía sigue su camino. Si se arañase un poco y se pusiesen al descubierto los supuestos de esta mínima escena, se tendría una idea no enteramente despreciable de lo que es una forma de sociedad; y si se analizase con alguna minucia la automática sorpresa del espectador español, se habría construído otro buen pedazo de sociología.

© Herederos de Julián Marías

Pero aquí voy de vuelo, y no puedo hacer más que brindar el toro a los sociólogos.

* * *

Los trenes alemanes son de una perfección y una puntualidad que resultan cómicas o conmovedoras —según se mire—. En cada departamento, hojas con el itinerario. Si se quiere saber dónde se está, basta con mirar la hora: si son las once y diecisiete, es que estamos frenando en Weinheim. Y a la inversa, para saber la hora exacta no hay más que leer el nombre de la estación por la que acaba de pasarse.

* * *

En los trenes, un «Schreibabteil» o departamento de escritura ofrece los servicios de unas secretarias que, en ruta, despachan nuestra correspondencia o escriben nuestras memorias. Esta institución, ¿será una iniciativa de la compañía de ferrocarriles, o acaso una ingeniosa idea de la Asociación de Esposas Desconfiadas?

* * *

Hace siete años, las bombas de mil libras llovían sobre Munich a chaparrón. Barrios enteros, el palacio real de los Wittelsbach —la Residenz—, la catedral o Frauenkirche, tantas casas son ya cosa pretérita. Se ha hundido un régimen, se ha construído un nuevo Reich, «partido por Yalta en dos». Hay una ocupación militar, y los rusos están a pocos kilómetros. Pero yo he oído, en el Prinzregententheater de Munich, «Las bodas de Fígaro». En la escena se agitan el conde Almaviva, el Barbero sevillano, el grácil paje Querubín, Bartolo y don Basilio; y Annelies Kupper, admirable Condesa, lanza al aire las notas elegantes, prodigiosamente ligeras, de Wolfgang Amadeo Mozart, triple

© Herederos de Julián Marías

extracto del XVIII. Y todo el teatro se estremece con los violines, y los modestos escotes sonrosados olvidan que no tienen joyas, y cuando cae el telón por última vez y la ópera apaga sus acordes, tengo la impresión de haber asistido a una operación delicada y grave, en que unos dedos finos y minuciosos acaban de ajustar una esencial ruedecilla de la gran máquina alemana. Al salir, mientras subo al autobús, voy recordando no sé qué filtraciones de agua que aparecieron, hace un cuarto de siglo, allá por la Plaza de Oriente.

* * *

Aquel muchacho, aprendiz de técnico electricista, que me acompañó espontáneamente y me enseñó todo Karlsruhe en tres horas —la espera entre dos trenes—, tenía tanto desconocimiento de España como simpatía hacia ella. Buscaba en su aparato por las noches las emisiones de música española, y me preguntaba: no creía estar al cabo de la calle, por haber leído «Le Populaire». No sé su nombre, pero recuerdo su buen talante y su tosco alemán, mientras comparaba los precios de los escaparates con los españoles y me mostraba la bella, melancólica fachada del Palacio, con sus garitas vacías que piden tricornios, con sus ventanas que piden salones, en medio del parque muerto, crepuscular, más finamente verde bajo la llovizna. Y me suena en los oídos el amanerado, exquisito verso de Stefan George: «Komm in den totgesagten park und schau», ven al parque que se dice muerto y mira...

© Herederos de Julián Marías

IX

UN LECTOR

No es bueno olvidar lo menor. Nuestra vida actual se resiente de desatención a los detalles exiguos y reveladores, a las facetas secundarias de las cosas, en que a veces se manifiesta del modo más fino su condición profunda. Tal sucede en la vida intelectual, donde la consideración de la obra en su conjunto o de sus caracteres más egregios e insólitos suele hacer que se pasen por alto matices humildes, que acaso son los decisivos, los que hacen posible y explican la construcción de alto bordo que pasa majestuosamente ante nuestra mirada. En los momentos de buena sazón para la mente, se dan a la vez esos matices y la sensibilidad de la retina para ellos.

Me ha llevado a pensar en esto la lectura del último libro de Curtius. Es bien sabido que Ernst Robert Curtius es uno de los hombres de más clara y profunda ciencia que viven en Europa. A poco de terminar la guerra, su espléndido libro sobre «Literatura europea y Edad Media latina» dió una vez más la medida de sus posibilidades y fué como la rama de olivo que anunciaba el reverdecer de la mente alemana, después del último diluvio —esta vez de bombas explosivas y, lo que es peor, de falsedades, de consignas y tópicos hostiles vertidos

© Herederos de Julián Marías

durante más de un decenio sobre las cabezas alemanas—. Pero no se suele saber que Curtius es un lector, uno de los más acabados lectores que han existido. Sus «Ensayos críticos de literatura europea» no son sólo la prueba de cómo su autor escribe, en armoniosa y tersa prosa, en que el alemán adquiere singular claridad y ligereza —casi un vino del Rin—, sino de su maravillosa capacidad para algo elemental y difícil: leer.

Toda Europa, sobre todo la de los últimos treinta años, está presente en las páginas de Curtius. Stefan George, Hugo de Hofmannsthal —aliados con Calderón—, Hermann Hesse, Unamuno, Ortega, Pérez de Ayala, Eliot, Toynbee, Cocteau, para citar sólo los más próximos. Curtius se ha inclinado con fruición sobre sus páginas españolas, francesas, inglesas, alemanas, con el mismo amor, con idéntico placer. Yo diría más: con generosidad, gratitud y —por eso— libertad. En la paz recoleta de su casa de la Joachimstrasse, en esa apacible ciudad de Bonn —Universidad y Catedral de torres con altas caperuzas, y el Rin al pie—, sorprendida por una inesperada capitalidad federal que le viene tan grande, libros, libros, libros, desde el suelo hasta el techo. Y esos libros se han ido destilando, tras horas de lenta, reposada lectura, en otro más.

He pensado lo que han tenido que ser para los lectores alemanes de los dos últimos decenios estos ensayos de Curtius. En pocas páginas, se va perfilando una figura: unas pinceladas exteriores: Stefan George, avenida de los Castaños berlinesa —en un sofá bajo, tapizado de seda amarilla, «la bella Frau Siemon»—; o Unamuno en su destierro —«elegíaco en Ovidio, heroico en Dante, teatral en Víctor Hugo»—; o bien Ortega, «pequeño celtí-

© Herederos de Julián Marías

bero del Escorial». Después, la situación histórica del escritor, su mundo, su pretensión, sus temas. Despacio, una cosa detrás de la otra. Parece que no es nada. Y al final, la figura entera, viva, clara, con su riqueza y sus gestos mentales. Europa como bien común, como tierra nuestra. Curtius está encantado de que haya en torno gentes de tan singular talento, que escriban tan altos versos, tan estremecida y gentil prosa; no le duele —como a tantos—: al revés. Por eso goza con todo ello y se enriquece; y como la generosidad se multiplica por sí misma, nos lo comunica, lo comparte con nosotros.

El oscuro lector del lector Curtius, media hora después, deja la revista y se encuentra con que, sencillamente, sabe quién es Hermann Hesse u Ortega. Ahí es nada. Y durante esos minutos ha estado viviendo, con desconocida plenitud, en Europa; es decir, no en la provincia, no en la aldea, en un corro de comadres maldicientes, sino en el mundo. Estas experiencias, repetidas unas cuantas veces, hacen del hombre una cosa distinta. Por de pronto, dejan de ser posibles algunas torpezas, algunas chabacanerías, algunas petulancias (la cultura, en su forma más honda, consiste en buena parte en que empiecen a ser imposibles ciertas cosas). Hay un imperceptible cambio de supuestos, y el nivel se va elevando poco a poco, como cuando se viene del mar a la meseta. Y resulta que a esta altura no se respira ya aire confinado, sino el agitado, tenue y vivificante de Europa. ¿No será este libro de Ernst Robert Curtius un buen candidato al premio Nóbel? Se entiende, a ese que, en lugar de ser disputado, busca siempre, azorado, sobre quién posarse: al de la Paz.

© Herederos de Julián Marías

X

GANIVET EN GERMERSHEIM, RAZÓN VITAL EN MUNICH

A Bernhard Urbaschek.

Germersheim es una viejísima fortaleza junto al Rin; empezó siendo, con los romanos, Vicus Julius; durante toda la Edad Media, y a lo largo de los siglos XVI, XVII, XVIII, se la han disputado bávaros, franceses, austríacos, electores palatinos. Destruir y vuelta a empezar. Hoy es todavía una ciudadela, y en sus muros suenan todas las lenguas: un enorme cuartel; en vez de patios, jardines verdes; su guarnición, muchachas con trajes claros y libros de gramática, muchachos de calzón tirolés que luchan con todas las sintaxis del globo; su capitán, el profesor Edmund Schramm, que gobierna paternalmente este Instituto de Intérpretes, colonia de la Universidad de Maguncia, y confía en la condición humana y en la vigilancia discretísima y sutil de los ángeles de la guarda.

En esta ciudadela he encontrado a otro ángel, de demasiado humanas caídas: Ángel Ganivet. Lo ha evocado, lo ha llevado de la mano el doctor Gustavo Alberto Conradi; el fruto de sus conju-

© Herederos de Julián Marías

ros hermenéuticos es una tesis doctoral de la Universidad maguntina, donde se habla por todo lo alto y por todo lo hondo del problema de la «autocreación» en Ganivet, de su casi cristiana, casi luciferina pasión por lo perfecto, por el alma pulida que cada cual quisiera labrarse en piedra incorruptible, como una estatua. Pero el doctor Gustavo Alberto Conradi es un antiguo amigo, hallado por sorpresa en Germersheim; hace veinte años no era más que un muchacho alto, serio y silencioso, que había ido a Madrid desde Alemania ¡a estudiar filosofía! En la Ciudad Universitaria, su letra clara iba guardando en un cuaderno la palabra de Ortega, y de cuando en cuando los ojos se le escapaban hacia la línea azul y gris —por las tardes, violeta— del Guadarrama frío. Y con esos pertrechos ha podido adentrarse por el alma bravía e inquieta de Ganivet.

Esta clara comprensión de cosas españolas me hace pensar en lo que no quisiera llamar el hispanismo alemán, porque hispanismo es una fea palabra que casi siempre encubre un modo de tratarnos como a muertos: asirios, caldeos, egipcios, hititas; materia de cátedras y monografías, asunto de ganar fama y algún dinero. Y es otra cosa. Quizá se la pudiera enunciar en tres palabras: contar con España. Tengo grabada una escena muniquesa: una habitación de Luxemburgerstrasse; dos ventanas por donde se asoman los árboles y entra el fresco de la noche; una mesa redonda con una lámpara de pantalla suave; alrededor, cabezas de jóvenes amigos atentísimos; despacio, buscando las palabras, voy tratando de contar, en vacilante alemán, lo que es razón vital; nuestra amiga ha sacado cuartillas y una pluma y va tomando notas; los ojos claros se animan; arde en su fondo una

© Herederos de Julián Marías

lucecilla de sorpresa. Como saben lo que en el mundo se sabe, pueden medir la novedad, y se sienten de repente enriquecidos, como si hubiesen abierto ante ellos un atlas y hubiesen encontrado en él un nuevo continente inesperado. Ya saben mis amigos que hay una tierra que explorar y conquistar, y van a hacerlo; ya andan preparando sus embarcaciones —diccionarios y gramáticas— para saltar, como vikingos, sobre lo que les parece un Eldorado.

Al repensar y decir en alemán filosofía española, al vestirla de la lengua de Fichte, Hegel y Dilthey, se advierte hasta qué punto sin éstos no hubiera sido posible, y hasta qué punto es distinta de ellos. Una vez más, Europa: cada nación, siempre sí misma, y nada sin las otras. Es lo que comprenden, tan bien como yo, mis amigos muniqueses, mientras van naciendo entre esfuerzos mis frases tudescas y van quedando registradas en las cuartillas blancas, bajo la luz velada. Pocas veces se ha atendido y entendido tan desde dentro la española filosofía de la razón vital.

© Herederos de Julián Marías